
Construyendo una filosofía de la comunicación para los ¿nuevos? tiempos

David de los Reyes ©

Doctor en Filosofía

Profesor de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela (Caracas)

I

El transcurrir de la filosofía y los intereses de sus más lúcidos representantes dentro del mundo occidental ha variado continuamente en el transcurso de las necesidades humanas en el río de la historia. Bien es sabido que ella, la filosofía, es una disciplina que tiene un origen occidental y está unida a la preocupación antropológica de reflexionar acerca de determinados problemas que se hacen más presentes y apremiantes que otros y requieren una necesidad de respuesta para obrar en consecuencia con dichos lineamientos. Reflexiones que aspiran a tener una visión racional y general de las cosas desde el marco de problemas particulares y específicos. La filosofía es conocimiento racional por conceptos, nos ha dicho Kant; la filosofía también pudiera entenderse como una especie de papel de trabajo para el pensamiento, escrito y pensado por determinados individuos con el fin de ejercitar el filosofar, es decir, ejercer el talento de la razón siguiendo ciertos principios generales, salvando el derecho de esa facultad de examinar esos principios en sus propias fuentes, bien para refrendarlos o rechazarlos; el kantismo quiso convertir a la filosofía en la legisladora de la razón humana; nosotros creemos en un ejercicio más íntimo: el de la comprensión racional de nuestro acontecer en el mundo, donde ya no se puede hablar sobre lo que es (fil. de la naturaleza) o de un deber-ser fijo y absoluto (fil. moral) para un mundo donde reina el deseo, el cambio, la imagen, la inserción personal en la globalidad y en el que la naturaleza es continuamente mutada, intervenida, callada, degradada, magnificada, por la injerencia tecnocientífica mercantil del hombre; todo ello teñido por el barniz de la banal dictadura sensorial mediática. Si se quedase detenido el pensamiento y no se mantuviese un continuo movimiento por la sustancia pensante de descripción, perspectivas y reflexión sobre tales acontecimientos de preocupación que denotan inquietudes por la contemplación, participación, comprensión, asombro y observación de la vida, la sociedad, el mundo, el universo por un lado, o de posturas y perspectivas que reflejen soluciones prácticas a problemas de orden políticos, morales, éticos en relación con el individuo y el mundo por otro, la comprensión de la evolución humana sería distinta, chata y neutra como el fluir neutro de las imágenes en la pantalla de la televisión, que pareciera convertir toda experiencia en superficial y toda realidad sobre un fondo escenográfico de espectacularidad. Sin esa actitud de duda, silencio, reflexión, crítica, esta disciplina realmente hubiera pasado -como muchas veces lo ha estado- a ser uno de los cadáveres exquisitos del panteón de los saberes muertos. ¿Pero la filosofía ha muerto, como tantas veces se ha pronosticado? Pensamos que no -ello, gracias a unos, a despecho de ser desgracia para otros- de querer comprender mediante la razón y la pasión, la libertad y la limitación, el lenguaje y la observación, la contemplación y la reflexión, el sentido del acontecer y la implicación del hombre, dentro de su entorno y su infinidad de riqueza creativa que lleva el hecho de ser el único animal que ha sabido clasificar saberes y darles uso para ¿mejorar o empeorar? su condición vital.

Hegel fue quien acuñó la frase feliz: la filosofía es llevar la época a pensamientos. Y la nuestra está signada por la presencia -casi infernal/celestial- del apéndice mediático dentro del ámbito humano, del triunfo de la imagen como instrumento comunicativo y como filosofía de comportamiento (1). Hoy bien comprendemos, y ya no es sorpresa para nadie, que nuestra época enfrenta, ante el declive de una teoría y espíritu crítico aunado al deterioro de los lenguajes, una necesidad específica de reflexionar continuamente acerca de los fenómenos de comunicación y todas sus variantes, de todos los nuevos anclajes colectivos y minoritarios. Tanto desde sus especificidades técnicas como de su carácter informático, icónico, lingüístico, ético, político y estético: elementos que constituyen nuestra semiósfera; todo ello conduciéndonos a una ecología de las ideas y de los hábitos culturales. Y como siempre, la filosofía ha sido una escuela de la sospecha, es decir, deponer ante el pensamiento, de rasgar el velo de Maya, lo que para los hombres presenta un carácter de evidente y tribal-tribal; en cuestionar y crear discursos alrededor de la esfera y de la atmósfera de las irracionalidades y de la consciencia, y presentar un espejo de imágenes mejor enfocadas mediante el uso de la razón, es decir, del uso de un lenguaje que tiene consciencia de sus fines ante una realidad donde el lenguaje mismo enmascara y desenfoca la mirada sobre las cosas y se yergue, como ya dijimos, en dictadura sensorial. La filosofía sería, vista así, un afinar conceptos para contrastar realidades y sopesar las estructuras con que los hechos cobran significado y no encerramos dentro de un círculo inconcluso, de un estatismo de vacío entre tradiciones estériles y anacrónicas que sólo tienen realidad por la continua repetición de un mensaje condicionador o del continuo cambio de lo nuevo que nos lleva irreductible al vacío de la nada cambiante y de la pérdida de significación vital de nuestras

particularidades en un intento de inventar un auténtico acontecer humano personal. Un ejercer la filosofía en tanto continuo aprender a filosofar con una caja de herramientas lingüísticas y conceptuales que permita reducir el lastre de las esquematizaciones y las ideologías de lo fácil; filosofía como consciencia de la complejidad, de multivariación de interpretaciones en búsqueda de una actitud y práctica de la razón: ante lo que no se puede hablar ya no es preferible callar; no es tiempo ni de un pensamiento afásico ni de la suspensión del juicio, es la vuelta a un pensamiento en ejercicio del discurso y sus intentos de comprender, que no queda reducido a la debilidad de la mera sensorialidad, de una realidad oscura e irregular conveniente para algunos, de una irresponsabilidad de los actores sociales o de una responsabilidad social ambigua. "Nunca puede aprenderse la filosofía. Por lo que a la razón se refiere, se puede, a lo más, aprender a filosofar". "Sólo se puede aprender a filosofar, es decir, a ejercitar el talento de la razón siguiendo los principios generales en ciertos ensayos existentes, pero siempre salvando el derecho de la razón a examinar esos principios en sus propias fuentes y a refrendarlos o rechazarlos" (2).

Quizá éste sea uno, dentro de los problemas de la sociedad y el individuo contemporáneo, que lleve a concentrar continuos esfuerzos dentro del pensamiento filosófico contemporáneo, del ejercicio del filosofar. Y ello en parte se debe a esa insoslayable presencia de los medios de comunicación dentro de nuestras vidas, tanto en lo privado como público. Vivimos para los medios de comunicación y no los medios en función de satisfacer las necesidades normales de información, conocimiento, distracción, etc. en nuestra vida inscrita en una democracia de la representación que sustituye al concepto de representatividad, con la carencia de un universo simbólico unitario que integre al individuo a los diferentes ámbitos institucionales.

Tal filosofía debería dejar de ser complaciente y sí crítica con las modas del círculo comunicacional o los intereses de grupo que dominan las normas impuestas por el ejercicio del poder sin permitir un ejercicio democrático del desarrollo del saber y de la información; donde nadie quiere asumir responsabilidades de su ejercicio, comenzando por los profesionales y dueños de los medios, a quienes se pegan, como parásitos fieles, los políticos del momento convertidos en personas-mercancía: sometidos a la intervención de un cálculo de los efectos especiales, ambientación y performance. La política, según el caso, se convierte en show o en telenovela nacional. Al comprender que cada vez son menos los que se deleitan e interrogan, analizan y descifran a los persuasores ocultos, al condicionamiento del deseo y de las ideas y al uso manipulador de vocablos, la reflexión filosófica encuentra un caldo de cultivo para su ejercicio de conciencia lúcida, como único resultante grato, pero incómodo, en el ejercicio de su oficio mayéutico.

Pero habría que asentar que lo comunicacional tendría que ser definido como la posibilidad de transmitir mensajes que tiene el hombre con sus semejantes. Pero ¿qué mensajes? ¿Son todos de interés? ¿Nos despiertan del letargo? ¿La comunicación requiere ser mensaje o puente para el crecimiento de la significación de lo humano? Son preguntas que nos formulamos. La comunicación como acción representante de uno de los fenómenos más cercanos a nosotros. Ello está ligado a romper la separación de los cuerpos, a unir, por la palabra, al sentimiento y de humanizar al mundo, a la naturaleza y hacérsela más amiga, menos enigma y ser la aguja para despertar un continuo asombro. Mas ello sólo puede operarse por el uso del lenguaje. El lenguaje ha sido el puente de enlace entre los hombres, ya sólo eso nos da su mérito. Su uso nos denota los alcances que tiene la razón humana para argumentar y mostrarse como aquella especie que tiene la virtud de tener un medio que siempre implica una universalidad en su uso al poder ser comprendido no solamente por el pensamiento desde su propia mismidad. La simple enunciación del pensamiento es el primer objetivo de la palabra; las palabras son los signos de las ideas. Para que podamos hablar de lenguaje humano siempre tenemos que entender su carácter de universalidad que connota su significación aunque tenga una dirección particular en su uso, son instrumentos cognoscitivos que son apertura para introducirnos en otros conocimientos, saberes, mundos, etc. En la antigüedad, la persuasión ocupaba un lugar en la fuerza pública, la elocuencia era necesaria. En la modernidad, la fuerza pública suplió a la persuasión. En la postmodernidad, la lógica estética de la fuerza mediática es la única persuasión posible que sin crítica nos manda al vértigo del vacío por su abundancia y su constancia, por su presencia y su ausencia, por su parloteo electrónico y su realidad cerrada, por su continuidad sónica y la vida en las superficies que encontramos en su propia estructura mecánica aunado a la palabra sin sentido (lenguaje fragmentado) de la publicidad que ha invadido el lenguaje común disminuyendo el espesor del significado: superficialidad de la experiencia, -fragmentos publicitarios los encontramos en los lugares más insospechados: desde los pupitres estudiantiles hasta en los titulares de la prensa, creando mitologías culturales vinculada sólo a imágenes y frases, propio de una personalidad de pulsiones.

Pero deberíamos formularnos una pregunta; ¿De qué lenguaje estamos hablando? Rousseau, citando a Douclos, nos dice que pudiera ser un examen bastante filosófico observar en los hechos y mostrar con ejemplos cuánto influye el carácter, las costumbres y los intereses de un pueblo sobre su lengua. Diderot afirma que un pueblo ignorante y grosero se conoce por su dificultad de formar ideas generales y abstractas. Veamos sus posibles significaciones en los viejos y ¿nuevos? tiempos.

II

Para los griegos sólo hubo una y la misma palabra, logos, para significar lenguaje y razón. Ello no quería decir que podía haber lenguaje sin razón, sino que no podía concebirse razón sin lenguaje. El acto de razonar fue llamado silogismo, que significa establecer la consecuencia que se sigue de lo afirmado o dicho. Se dice que fue Cadmus, hijo de Agenor, rey de Fenicia, quien introdujo las letras en Grecia. En estos pueblos y tiempos el orador se hacía oír fácilmente por el pueblo en la plaza pública -un gran centro de comunicación colectivo; todo se hablaba a la luz, sin causar molestias, era puro interés por el debate. Heródoto leía su historia a los pueblos de Grecia reunidos al aire libre y todo se cubría de aplausos. Hoy, un conferencista lee su investigación en una sala y posiblemente apenas es oído al final del salón. Pongan un televisor y toda la atención será una sumatoria. Permanece el lenguaje pero los actores cambian; antes nos humanizábamos y ahora nos cibernizamos; Cervantes nos dona la lengua de la aventura y de la

experiencia humana, Viaje a las estrellas, por decir uno, nos lanza al espacio pero que sólo podemos experimentar desde una esquina y de frente a la pantalla de la televisión; Cervantes nos sacaba al mundo mostrándolo e invitándonos a vivir compartiendo hasta la locura, el medio nos trae el mundo cerrándonos la salida y mostrándonos cuál debe ser la única norma; lenguaje de luz y horizonte ante lenguaje catódico rodeado de oscuridad.

Ya en el alba helénica Platón pensó la primera filosofía del lenguaje, mostrándonosla en su diálogo Cratilo, donde se plantea la exactitud del uso de las palabras; en su afán por el saber concluye que el lenguaje no es un medio seguro para conocer las cosas, que tal conocimiento habría que pedirselo a las cosas mismas: la exactitud de la palabra está en presentar la naturaleza de la cosa; imitar al objeto nombrado: representar lo esencial de él; la palabra es imagen que se modifica con el tiempo: su alteración se funda en el deseo humano de embellecer el lenguaje; su finalidad, en la antigüedad, además de comunicar, era instruir; pero habrá que tener cuidado en su uso: puede engañar y no enseñar; ¿quién garantiza la exactitud de las ideas, de las imágenes, de las representaciones? Para Cratilo habrá que dirigirse a las cosas mismas sin la ayuda de los nombres, dirigirse a ellas directamente, experimentarlas, percibir las. Nos dice que hablar es un acto y el nombrar es una parte o función de esta actividad; la palabra será el instrumento que sirve para instruir y para distinguir toda realidad. Quien nombra es el responsable de las determinaciones de las cosas y será un legislador del lenguaje: a cada ser le otorga un signo y un nombre, estos no son fruto de una simple convención (3); el legislador lingüístico podrá ser juzgado por quien se sirve de tal instrumento, éste no es otro sino aquel que sabe preguntar y responder, es decir, el dialéctico, personaje encargado de vigilar el trabajo del legislador. La determinación de las palabras no está en manos de cualquiera sino de un especialista, secundado por los aportes del dialéctico (4). La exactitud de las palabras puede llevarnos a la falsedad de las palabras; se es posible nombrar, hablar, calificar, comunicar falsamente de acuerdo a los usos y convenciones. Los nombres, al igual que las pinturas, pueden construir una imagen inexacta de los objetos. Pero la insistencia socrática reside en que el uso del lenguaje, de la palabra, no es un medio necesario del conocimiento de las cosas. Las palabras imitan, representan, más que conocer los objetos; no es la lingüística sino la dialéctica la que nos puede conducir a la verdad de las cosas: por ser el dialéctico quien juzga sobre la naturaleza, la forma, la esencia de las cosas, al definir las y establecer su adecuación entre los actos y la forma o idea. Sin embargo, por un tiempo, las ideas (esencias últimas de las cosas) serán para Platón arquetipos de las cosas mismas, no simples claves, a modo de categorías (conceptos), de experiencias posibles. En su opinión, las ideas surgen de la razón suprema que las traspasa a la razón humana.

También nos habla del efecto de las palabras en lo que para la época pudiera llamarse un medio de comunicación - aparte de los festivales de teatro: los actos de declamación a cargo de los rapsodas, intérpretes y transmisores del canto divino de los poetas. En su diálogo sobre la Iliada encontramos una apreciación que nos llena de asombro al leer la descripción platónica de uno de estos recitales poéticos -envidia para la poesía y los poetas de hoy. El rapsoda declama, trasmite el dolor y la alegría en medio de sacrificios y fiestas alusivas con un público de unas veinticinco mil personas que viven, imaginan, sueñan al unísono con aquel -el número no está errado: 25.000 personas. ¿Cuáles son los efectos que suscita a los espectadores al vivirlos en la declamación el rapsoda? "¿Y sabes tú que sobre la gran mayoría de los espectadores producís vosotros los mismos efectos?", dice Sócrates. Los espectadores dejan de ser dueños de su razón, efecto que trasmite el rapsoda a partir de las palabras, de las imágenes y de las razones del poeta. El rapsoda ve a los espectadores desde lo alto de su estrado llorando, echando miradas amenazadoras y permaneciendo pendiente de sus palabras; "...me siento obligado a observarles atentamente: si los hago llorar, yo reiré, recibiendo el dinero, mientras que si los hago reír, soy yo quien va a llorar perdiendo mi salario" (535e): el arte poético no escapaba entonces tampoco a los intereses del mercado: si sé seducir ganaré mi calderilla para mi proseguir hacia otro día. Particularmente, los nombres de las cosas o de los hechos recitados o declamados o escuchados nos afectan, es decir, nos agradan o nos disgustan, nos atrapan o hemos perdido el oído poético, teniendo en el discurso de los hombres un significado inconstante, por no ser todos los hombres afectados igualmente, ni tampoco un hombre es afectado de la misma forma en todas las ocasiones; aunque siempre haya una dirección general del ánimo de los espectadores. El rapsoda y el actor son los "anillos" intermedios y sucesivos, siendo el primero de ellos el poeta (que es intérprete de los dioses, poseído por éstos de quienes recibe la influencia para transmitirla y traducirla a imagen poética; el poeta está vinculado a una musa) y de último los espectadores. Platón nos manifiesta de los efectos del lenguaje del rapsoda; éste acomodará su discurso tanto a lo que será su uso en un hombre como a una mujer, en un esclavo como para un hombre libre, en un jefe como para un subalterno; dando a entender que a cada uno de ellos le corresponderá por su condición, según el "caso del género", determinado uso, vocabulario y manejo práctico del lenguaje de acuerdo al lugar social donde actúe. Conoceremos a cada quien no por sus necesidades sino por sus lenguajes, sus discursos, sus palabras que son expresiones del deseo particular. El rapsoda queda como un médium transmisor de todos los posibles usos del lenguaje según los personajes y hechos poéticos que declamará; el auditorio la caja de resonancia emocional donde habrá expandido o acortado su comunicación poética.

Aristóteles nos hablará en su Política sobre la condición humana de ser social lingüístico. La condición humana, por naturaleza, es la de ser un animal sociable, gregario. Y la razón de que el hombre sea un animal político se muestra por esa misma evidencia. La naturaleza, para este alumno de Platón, no hace nada sin un fin determinado, por ello el hombre es el único entre los animales que posee el don del lenguaje. La simple voz nos puede expresar pena o placer y en esto muchas especies animales no se alejan de dicho fin comunicacional, pues sus naturalezas se han desarrollado hasta tener las sensaciones de lo que les resulta penoso o agradable. Pero la condición del lenguaje humano tiene fines que se separan de esa única condición empujando al hombre a saltar del reino animal al reino político. Y es esto lo que aclara Aristóteles. Su discurso allana los parámetros morales del mismo lenguaje; si el lenguaje tiene por fin indicar lo provechoso y lo nocivo tiene, por consiguiente, la cualidad de indicar lo justo y lo injusto, y ello es una propiedad particular de los hombres y de ningún otro animal; será el ser que tiene percepción del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, de lo blanco y de lo negro, además de las otras cualidades morales y ello se adquiere mediante la participación en la ciudad -polis- llevando a conformar la familia y a la ciudad-estado griego. El

lenguaje como condición por el cual el hombre pasa, salta, muta de animal a político, para participar de las relaciones sociales que conforman su realidad y que le dan la significación adecuada de ese ambiente social ciudadano al que pertenece.

III

Buscando entre los restos arqueológicos de los discursos de la filosofía están las esplendorosas ruinas del pensamiento de Hobbes. En su *Leviatán* hace una afirmación importante. Para ese entonces apenas la imprenta tenía dos siglos de existencia en Europa, invento que fijará cierto uso y gramática de la lengua y que democratizará el saber y expandirá horizontalmente la palabra de la mitología cristiana alejándola de la verticalidad de la ciudad de dios -o del diablo- sacerdotal. Nos dice que si bien la invención de la imprenta es importante e ingeniosa, su importancia se ve reducida al ser comparada con la misma invención de las letras. Su utilidad estriba en que con ellas se funda la memoria humana, la historia y su salpicado y cambiante relato de hechos. Además, la palabra establece el vínculo de unión entre la humanidad, dispersa en cualquier rincón habitable de la tierra. Para ello se tuvo que proceder con cuidadosa observación en los diversos movimientos de la lengua, el paladar, de los labios y de otros órganos del habla para luego encontrar todas las voces y sonidos necesarios y recordarlos. Ante ello, Hobbes no duda: el lenguaje, compuesto de palabras o apelativos conectados entre sí, es la invención más útil y noble de los hombres. ¿Qué placer nos proporciona? Con él registramos nuestros pensamientos, traemos a la memoria el pasado, nos comunicamos con otros hombres para alcanzar la mutua cooperación y utilidad o el enfrentamiento y la guerra; sin lenguaje no existiera para los hombres repúblicas, sociedad, contrato, paz "en grado mayor del que estas cosas pueden darse entre los leones, los osos y los lobos" (5). Igual que para Platón, en estas grandes ruinas del pensamiento inglés encontramos que el creador del lenguaje es simplemente Dios el Gran Hacedor y Legislador celestial (6), el cual, siguiendo lo contado dentro de la mitología cristiana, instruyó a Adán enseñándole a dar nombres a las criaturas conforme se las iba mostrando; imaginemos: "Este es un loro -dice Dios a Adán, mostrándole el bello pajarraco tropical de color verde y cabeza amarilla y roja-, repite ahora tú, hijo". Adán contesta: "¡Ooooooroooo, Oorroo, Orro, oro!". "¡Oro no se dice!, es loro, loro, loro!", -dice con paciencia Dios". Y Adán vuelve a las suyas: "¡Oro, oro!". "¡No!, ¡no!!, ¡Loro, loro!, ¡me saliste comerciante y no zoólogo!", -dice Dios cansado en su intento y dejando la lección para más tarde. El cristianismo, desde sus orígenes, se apegó a Adán y hoy la religión sabe más de capital que de ciencia. Fin del cuento.

Pero bien sabemos que todo ese lenguaje adquirido y aumentado por el mismo Adán se perdió en la torre de Babel por la mano del mismo Dios, al pretender querer compararse el hombre en poder y saber con su supuesto creador. Como siempre y según la letra del mito cristiano, el Omnipotente castigando y el hombre sufrió por su rebeldía el olvido de su lenguaje anterior. Los hombres fueron obligados a dispersarse por el mundo, logrando así la diversidad racial y lingüística que hoy existe, "tal y como la necesidad, madre de todas las invenciones, fue enseñándoles" (7).

Para los albores de la modernidad, el lenguaje vendrá a representar la posibilidad de transferir nuestro discurso mental a un discurso verbal, conectar una cadena de pensamientos a una cadena de palabras. El primer uso del lenguaje está en servir de señales o notas, también cuando muchos usan las mismas palabras para identificarse, significarse y comunicarse mutuamente, mediante la conexión y el orden del discurso sobre lo que piensan acerca de cualquier asunto, también de ser expresión de los sentimientos que suscitan las pasiones. Por estos últimos usos los nombres son llamados signos.

Pero igualmente se podía ventilar los usos especiales que remiten a la concepción causalista cartesiana de los fenómenos del mundo que se le daba al lenguaje: dejar constancia de lo que mediante el pensamiento descubrimos como causa de algo, tanto presente como pasado, ello mediante la adquisición que provee la práctica de las artes o ciencias en general; recordar las causas y efectos mediante la imposición de nombres y su conexión. Otro uso es el mostrar a otros los conocimientos que uno ha adquirido, lo cual es aconsejarse y enseñarse mutuamente. El dar a conocer a otros nuestros deseos y propósitos para que pueda establecerse ayuda mutua entre unos y otros, es el tercer uso especial del mismo. El último sería agrandar y complacer tanto a nuestros semejantes como a nosotros mismos jugando con las palabras por el puro placer de enunciar situaciones, ánimos y ornamento. Causalidad, conocimiento, ayuda, agrado, juego, diversión, placer, giros que establece la comunicación humana a partir del uso del lenguaje

Toda palabra es un universal. Lo único que podemos decir que hay de universal en el mundo son las palabras, pues las cosas que nombramos con ellas son particulares. Un nombre universal es dado a muchas cosas por haber entre ellas semejanza e identidad en alguna cualidad o accidente. Así, por ejemplo, la palabra "mesa" se utilizará para todas las cosas que posean cuatro patas y tengan encima un tablón y que se encuentren a la visión de cualquier humano en cualquier parte donde se halle esa cosa y el hombre dentro del universo.

La verdad y la falsedad son atributos del lenguaje, no de las cosas. Donde no hay lenguaje no hay verdad ni falsedad. Para Hobbes, la verdad consistirá en ordenar correctamente los nombres en nuestras afirmaciones, "un hombre que busca la verdad estricta necesita recordar lo que significan todos los nombres que usa, y cómo situarlos correctamente"; de lo contrario, la confusión y el laberinto de las palabras vendrán a él, al igual que el pájaro preso en la liga, que cuanto más hace por liberarse, más enlizado se halla. Un siglo más tarde, Kant dirá: "Toda ignorancia es, o bien ignorancia de cosas o bien de la determinación y límites de mi conocimiento" (8). El significado de las palabras es lo que llamamos definiciones y deben estar situadas al principio de todo razonamiento. La correcta definición de las palabras es ejercicio primordial para el primero y buen uso del lenguaje, el cual, para el filósofo de Malmesbury, no tendrá otro fin superior que la adquisición del saber. Todo buen uso del lenguaje implica algún grado de conocimiento sobre el objeto de su uso. Pero en la enunciación de las definiciones de forma esquivada o falsa radica el primer abuso

de donde proceden todas las opiniones equívocas o absurdas. Pero con el aumento y desarrollo del lenguaje por cada uno de los hombres pueden llegar a ser más sabios o más locos de lo normal. "Las palabras son las monedas que los hombres sabios manejan en sus cálculos; pero son monedas de insensatos, si todo el valor que se les da vienen de un Aristóteles, un Cicerón, un Tomás o de cualquier otro maestro que no sea más que un hombre". De ahí que entender no sea otra cosa que una concepción causada por lo que decimos mediante el lenguaje. Si los hombres han necesitado la palabra para aprender a pensar, mayor es la necesidad de saber pensar para encontrar el arte de la palabra. Como el lenguaje es algo peculiar al hombre, el entendimiento es peculiar también en él. Y la razón no sería sino un calcular, un sumar y restar las consecuencias de las palabras con las que hemos convenido marcar o significar nuestros pensamientos. Marcar: cuando razonamos por nosotros mismos; significar: cuando demostramos o probamos nuestros razonamientos a otros hombres. Al igual se debe tener claro que un razonamiento no es correcto simplemente porque muchos hombres lo hayan aprobado unánimemente. El abate Condillac también expresaría que las lenguas debían considerarse como métodos analíticos, como una especie de álgebra y de aritmética.

IV

El buen salvaje-ciudadano Rousseau dieciochesco nos da un maravilloso librito sobre el lenguaje, 'Ensayo sobre el origen de las lenguas', todo impregnado de su pasión y sensibilidad romántica. Obra que se inscribe dentro de las reflexiones filosóficas sobre el lenguaje, que no pasó inadvertida ni para el Levy-Strauss del 'Pensamiento salvaje' (9), ni para Jacques Derridá en su 'Gramatología'.

En el ginebrino volvemos a encontrar que el lenguaje es algo más que conocimiento o comunicación; el lenguaje define a las naciones entre sí, las separa o las une, las distingue y las limita. Las palabras son la primera institución social, de donde su forma se debe a causas naturales y arbitrarias. Pero encontramos una relación de las lenguas con los gobiernos (como vimos con Aristóteles). Las lenguas se forman sobre las necesidades de los hombres y se alteran según los cambios de las necesidades.

El origen está en la necesidad de comunicar nuestras pasiones. Postura antropológica más que teísta, a diferencia de Platón u Hobbes; la perfección de Dios no dona la palabra al hombre; es la pasión que abriga su pecho la que busca desatar la coraza de la separación con sus semejantes y tramar un puente a través del sonido volátil, efímero, inmediato, recurrente y sin retorno que brota de su garganta. El hombre, al reconocerse como ser sintiente, pensante y semejante a otro, se vio dominado por el deseo o la necesidad de comunicar los sentimientos y sus pensamientos llevándolo a buscar los medios adecuados para ello. Lenguaje del gesto, lenguaje de la voz, actos de habla, fenómenos naturales. Los gestos: más fáciles, menos convencionales, alcanzan a nuestros ojos más que a nuestros oídos y sus figuras tienen una mayor variedad que los sonidos; los gestos son más expresivos y dicen más en menos tiempo. "Lo que más profundo tenían los antiguos no lo expresaban con palabras sino con signos: no lo decían, lo mostraban". El lenguaje tiene mayor significación y energía cuando el signo ha dicho todo antes de hablar.

Rousseau ha pensado que si el hombre sólo hubiera tenido necesidades físicas posiblemente no se hubiera sentido con la persistente necesidad de comunicarse mediante palabras, hubiera podido prescindir del habla y llegarnos a entender perfectamente con el lenguaje del gesto. ¿Por qué no sucedió así? ¿Qué nos llevó a saltar fuera del círculo de tiza gestual? ¿El hombre, mero animal político o animal lingüístico/parlante? El lenguaje que poseen los animales para comunicarse fue considerado como lenguaje natural y no es adquirido postnacimiento por injerencia de un medio cultural. Los animales que emiten sus chillidos, sus danzas, sus transpiraciones aromáticas ya vienen equipados de nacimiento para no alterar esa única forma y sentido de interrelación (los trabajos, en nuestro siglo, de Karl von Frisch, Mauricio Maeterlinck, Konrad Lorenz, Niko Tinbergen, Heribert Schmid, entre otros, son ejemplares al respecto); al nacer no pueden despegarse ni alterar ese dispositivo comunicacional, no crean artefacto, se quedan dentro del cerco del lenguaje natural. La lengua de artefacto y de convenciones pertenece al hombre. De ahí que el hombre cambie, progrese, para bien o para mal, y que los animales se mantengan en su mundo feliz -mientras no se acerque a sus frágiles reservaciones la faz de la civilización humana.

Para el hombre, la comunicación estará menos arraigada como necesidad que como expresión. No se debe a las primeras necesidades. La comunicación no tiene su origen en el lenguaje ni en la sed sino en las pasiones: amor, odio, piedad, cólera, envidia, alegría, es lo que lo llevó a arrancarse de sí las primeras voces para hacerse sentir, mostrar y distinguir: se caza y se come en silencio, pero para conmover un corazón joven la naturaleza reclama acentos, gritos, quejas: "He ahí las palabras inventadas más antiguas, y he ahí por qué las primeras lenguas fueron melodiosas y apasionadas antes de ser simples y metódicas" (10).

La invención del arte de comunicar ideas dependió menos de los órganos que tenemos para ello que la propia facultad sentida en el hombre que lo lleva a emplear a tales órganos y sentidos para tal uso. Si les falla uno empleará otro para llevar a cabo su fin. Aunque el hombre tuviera una organización física más burda bien pudiera adquirir menos ideas pero le sería imposible no intentar comunicarse entre él y sus semejantes donde uno actúe y otro sienta llegando a transmitirse tantas ideas como tengan.

Lo primero que quiso comunicar al hombre y presentarlo a sus sentidos y a su entendimiento fue transmitir las impresiones casi inevitables de las pasiones que trató de comunicar. Las pasiones hicieron surgir en su pecho los primeros motivos, los tropos fueron sus primeras expresiones. El lenguaje figurado debió ser el primero en aparecer, el sentido propio de las palabras se arraigaría mucho después (11). "Sólo se le llamó a las cosas por su verdadero nombre cuando se las vio bajo su verdadera forma. Al principio, no se habló más que en poesía; no se les ocurrió razonar hasta mucho después". Poesía: imagen/metáfora, lo primero en toda comunicación real humana; razón:

causalidad-construcción: cálculo-instrumento, posterior significación del lenguaje. Hay un itinerario lingüístico natural: va de la expresión del sentimiento a la expresión de la razón; va del sentimiento a la idea. La poesía fue antes que la prosa, dice Plutarco en 'De Pythiae Oraculis'.

Así que uno expresa sus sentimientos cuando habla y sus ideas cuando escribe. Decir y cantar eran antaño la misma cosa, refiere Estrabón. Pero, a medida que crecieron las necesidades, que los negocios se complican, que las luces -y la oscuridad- se expanden, la lengua va mutando su carácter, busca precisión y se aleja de la pasión; se pierden sentimientos y se trata de inundar el habla de ideas: no habla ya el corazón, la razón económica/instrumental convierte a la lengua en monótona, sorda, fría, calculadora. Para Rousseau, ello fue un progreso natural.

La antigüedad de las lenguas se precisan por: a) la tosquedad de la escritura; la primera relación que muestra la lengua no son los sonidos sino que intenta pintar los objetos (como la cultura mexicana y la egipcia, por ejemplo); momento propio del lenguaje apasionado, si bien supone cierta sociedad que las mismas pasiones han hecho nacer; b) representar las palabras y las orientaciones mediante caracteres convencionales, momento en que la lengua ya tiene una sólida formación y el pueblo llega a estar unido por normas y leyes comunes; c) al descomponer la voz hablada en cierto número de partes elementales, sean en vocales o articulaciones con las que se pueden construir palabras y todas las sílabas imaginables. Esta última corresponde a la concepción de lo que ha sido hasta ahora el lenguaje en su paso por los diversos estadios en que los hombres se han agrupado y comunicado. Para nosotros no se pinta la palabra (como lo es en la cultura china: ideogramas) sino las palabras se analizan. "La pintura de los objetos conviene a los pueblos salvajes, los signos de las palabras y de las oraciones, a los pueblos bárbaros, y el alfabeto a los pueblos cultivados": frase donde nos muestra el etnocentrismo cultural de Rousseau en todo su esplendor. El uso de un idioma nos da la comunicación de los pensamientos, que es objeto de la palabra, la universalidad necesaria. El uso será el tirano de las lenguas (a diferencias del legislador-dialéctico platónico); el uso es el legislador natural/social, necesario exclusivo; las decisiones tuyas son la esencia, la lengua, será para Rousseau, la totalidad de los usos propios de una nación para expresar los pensamientos mediante la voz; el uso del idioma dado por un pueblo respecto a los usos sobre la pronunciación o sobre las terminaciones de las mismas palabras hacían de ellos dialécticos de la lengua nacional. ¿Qué pasó en la modernidad? La nación se convierte en una relación estrecha con los dictados del gobierno, se nos dio una sola forma legítima de hablar; se legaliza una lengua: se constituye con un carácter más universal y común a todos los hombres, la palabra se convierte en ley nacional. Más que expresar pasiones particulares ahora se establece una relación estrecha con las ideas, con las concepciones, con la inteligencia de los que hablan -que no son todos: el objeto del discurso es lo que determinará ahora una lengua no su expresión (12). Si un pueblo se apartaba del lenguaje nacional, bien en la pronunciación, en las terminaciones, en las sintaxis, o cualquier otra forma posible, estaba condenado al desarraigo cultural por la universalidad nacional: no se permite "ni una lengua aparte ni un dialecto de la lengua nacional; es un patois abandonado al populacho de las provincias, y cada provincia tiene el suyo" (13). El ejercicio del gobierno de un estado bien puede medirse por la centralización del lenguaje que habla la mayoría; si la legalidad lingüística no opera en los modos de hablar o de expresarse en las relaciones comunes de la sociedad civil encontraremos la ingobernabilidad y la tiranía de una nación no por falta de gobernantes sino por falta de lengua que identifique una comunidad al conjunto de los hombres. Diderot afirmó que la lengua de un pueblo da un vocabulario y el vocabulario es el índice bastante fiel de todos los conocimientos de ese pueblo. Habría que recordar que la sociedad, como lo hemos mostrado hasta aquí, surge por el lenguaje común; el establecimiento de la sociedad y la institución del lenguaje se dan juntos; la palabra es la imagen sensible del pensamiento; "los hombres que hablan una misma lengua se entienden entre sí porque plantan el mismo original, bajo el mismo aspecto, con los mismos colores" (14). No porque todos hablemos castellano hay ya identidad y lenguaje nacional, dentro del castellano hay muchos castellanos y ello nos aparta (surge el otro) posiblemente de un centro comprensivo común -¿será hoy para bien o para mal?; en el presente, las palabras, más que nunca, están en una movilidad perpetua. En nuestra postmodernidad, hablamos el ¿lenguaje? -jerga/patois- de los medios y de la publicidad; adiós a la idea moderna de un lenguaje nacional: adiós gobierno nacional; sea Ud. bienvenido a la globalidad del esquematismo lingüístico mediático, al lenguaje fractal, posiblemente criptográfico gracias a la cultura del computador y sus posibilidades, como es la anárquica y cosmopolita autopista de la información, de Internet.

Pero cada lengua tiene su carácter moral. Hay lenguas para el servilismo, otras para la libertad. Las lenguas ligadas a la libertad son sonoras, armónicas, prosódicas, donde el discurso se distingue claramente ¿Desde dónde hablas tú?

En Rousseau, las lenguas populares se habían convertido en inútiles tanto como elocuentes. La modernidad tiene su propia fuerza. Las sociedades alcanzaron otras formas de convencimiento: "ya no se cambia nada sino por el cañón y el escudo y no se tiene nada que decir al pueblo sino dad el dinero, se les dice con carteles en las esquinas de las calles o con soldados en las casas" (15), sólo esgrimir el arma y pagar impuesto al fisco; para ello no es necesario reunir a nadie, se necesita lo contrario: los súbditos, los ciudadanos se tendrán diseminados, atomizados: primera máxima de la política moderna. Pero "toda lengua con la que uno no puede hacerse oír por el pueblo reunido es un lenguaje servil; es imposible que un pueblo permanezca libre y que hable esa lengua", advierte finalmente Rousseau.

V

Hegel no puede dejar pasar por alto, en su 'Fenomenología de espíritu', la significación del lenguaje. Retoma ideas y amplía lo acordado y el decorado. El lenguaje expresa al yo mismo, al individuo y nos muestra su universalidad, su identidad con una (o unas) idea. Por el lenguaje se adquiere presencia: el yo es escuchado; es contagio de un modo de relación inmediato entre aquellos para los que existe: el individuo, en el reconocimiento del otro al que habla, trasciende en autoconsciencia universal (hoy la autoconsciencia universal parecería ser los medios no el individuo, éste aprende miméticamente a gesticular y hablar en forma parasitaria con los mass media). Pero el habla es un acto que en tanto sonido e intención es un desaparecer del estado anterior de la consciencia mediante el continuo suceder

del lenguaje al expresarnos. "Su desaparecer se convierte de un modo inmediato en su permanecer; es el propio saber de sí". El lenguaje es la sustancia espiritual, el trascender expresivo de nuestra particularidad liberada del estar reducida a uno pasando a ser muchos, por el lenguaje salimos de ser un yo aislado a un nosotros espiritual y arraigado: un yo que es un nosotros y un nosotros que es un yo. Hegel siempre pensará la vida individual desde y para la trascendencia y realización del estado nacional, se entiende que sea así en pleno siglo XIX, en plena madurez prístina y problemática del orden nacional/limítrofe/cultural europeo. Hegel nos dirá que el lenguaje se entrega a la consciencia del poder del estado tanto como honor, como bien general y como voluntad que decide. El lenguaje como término medio de la unidad de la realidad del orden estatal vigente y como consciencia que deviene, trastoca y traspasa lo real.

Pero también está el lenguaje del desgarramiento que será aquel discurso que ose apartarse de lo universal reinante, el que aspire ser subjetivo, particular, sin teñirse y comprometerse con la perspectiva de la idea universal del reino presente a la luz del día, del orden legal, de las convenciones y las normas que rigen y ordenan pública, formal y socialmente el presente; es la nueva melodía que anuncia el nuevo orden a llegar del mundo, tocada sobre el bajo continuo lingüístico y social de una geografía nacional que requiere cambiar su gramática legal; por otro lado, el lenguaje del desgarramiento es el lenguaje completo y verdadero espíritu existente creador de la cultura.

El lenguaje remitía a la autoconsciencia, era la autoconsciencia que es para otro, era inmediatamente dado como tal y era lo universal reglamentado; nuestra autoconsciencia sólo obtiene el reconocimiento de los otros si hablamos con los mismos valores y caricaturas mediáticas. Seguramente que el sentido del lenguaje del desgarramiento hoy es más presente y más urgente, por no decir el único con que el individuo ya no aspire a ser autoconsciencia sino consciencia para sí que felizmente, y de vez en cuando, pueda ser reconocido en un otro (la obra de Samuel Becket nos da testimonio de esa tragedia del individuo epocalíptico y des-integrado). El contenido del lenguaje de la buena consciencia era en Hegel el sí mismo que se sabe como esencia. Ello sólo puede ser expresado por el lenguaje y esta expresión lo conduce a la verdadera realidad del obrar y a la validez de la acción; el lenguaje nos hace éticos, morales o inmorales, según las significaciones y los contenidos dados en el espectro temporal social. Por el lenguaje la consciencia expresa su convicción, nos da principios; esta convicción es la acción en tanto deber y vale como deber en la medida que esa misma convicción es expresada; si no expresamos nuestras convicciones no sabemos para qué, por qué y cómo actuamos. Hegel lo afirma: para la consciencia solo vale (para ella) la convicción que se presenta como deber y esta convicción es real en el lenguaje. La realidad y la acción en el individuo sólo es real mediante la convicción expresada y realizada en el curso de la historia: el lenguaje nos conduce a un deber, a una acción, a una expresión, a un lugar en el mundo, en una época; ética y estética del lenguaje: acción y expresión del lenguaje son uno y lo mismo en la consciencia.

W. von Humbolt proyecta y concentra esta intuición hegeliana: comprender la lengua como una actitud y no sólo como un producto. Todo esto inducido puede crear mensajes infinitos con el mecanismo finito de la lengua; la lengua como un mecanismo de medios finitos de capacidades creativas y expresivas infinitas. Pero ahora se especializará la lengua y surgirá la lingüística para hacer sospechoso al mismo uso -y abuso- del lenguaje a través de los instrumentos analíticos de apreciación. Y el lenguaje se mirará como estructura cultural cambiante, sometido a reglas en continua transformación.

El suizo Sausurre establecerá la antinomia de lengua y habla (lengua-parole), donde la lengua es el sistema y el habla su realización. Lengua y habla tendrán cada uno un carácter independiente. La lengua es el sistema de signos que constituyen al lenguaje y que son poseídos por todos los hablantes de una comunidad, es forma y no sustancia; el habla es definida por la realización de cada acto de este conjunto de signos. La lengua es un sistema de valores relativos-negativos donde el carácter de toda unidad lingüística condiciona todos los aspectos posteriores. Tal distinción es fundamental para esta teoría del lenguaje. Pero pensamos que hoy ya se pudiera pensar en una lengua y habla -¿jerga?- mediática, poseída no por los hablantes de una comunidad sino por los receptores de la globalidad mediática actual: el gusto dejado por el mensaje electrónico virtual o impreso, radial o visual, abandonado sobre la sensibilidad bombardeada y anestesiada, situada y normalizada del somnoliente hombre de hoy. De ahí que se constituyó ya hace varias décadas pasadas aquello que se le dio el nombre de semiología, lo cual fue el intento de estudiar la vida de los signos/símbolos en el seno de la vida social, formando parte de la psicología social. La sociolingüística no se entrampará solamente con la situación de las lenguas en las ciudades sino de cómo se inoculan virus lingüísticos mediáticos globalmente; de cómo las informaciones tienen su carga mercantil, intencional y modificadoras más que conscientizadoras e ilustrativas del acontecer, más masajes que mensajes; comprendiendo el carácter fundamental de la lengua también con un carácter de finalidad implícito. Preocupación no sólo por lo ético y lo estético, posiblemente haya hasta un olvido de ello: ahora la preocupación está más en lo pedagógico: la teoría lingüística pretenderá dar respuesta al problema de cómo una persona es capaz de adquirir el conocimiento de su lengua, desde el balcón de una teoría científica, donde se nos presentarán distintas opciones a través de un rico y complejo sistema de reglas; pero también el lenguaje como un sistema de comunicación universal que no exige un conjunto de reglas lingüísticas explícitas para cada conjunto social; lo contrario sería hacer etnografía lingüística. Como lo hemos dicho antes y como lo volvemos a repetir: palabras y estilo reflejan ciertamente determinadas estructuras sociales y ahora estructuras mediáticas que institucionalizan jerarquías sociales acordes a cierto uso lingüístico; jerarquía de uso afinada a su función social y mediática correspondiente. Así que si bien se puede entender al lenguaje como un rígido sistema de reglas mutantes su aspecto creativo, enriquecedor y cambiante se deberán a esas mismas reglas que constituirán posiblemente las bases para esgrimir o no una libertad de la conducta de los individuos, una posibilidad de elegir por el desarrollo, manejo y comprensión del mundo por el instrumento del lenguaje mediante el cálculo y entendimiento de los fines individuales gracias al manejo de nuestra razón. Muchas veces se piensa, equívocamente, que la libertad humana aumenta cuando disminuyen las restricciones; se nos dice que a menor restricción obtenemos mayor libertad. La idea es equívoca. No es cierto que al eliminar las restricciones se llega a una libertad absoluta. La libertad, entre

tantas definiciones dadas, desde el punto de vista del lenguaje -y de la comunicación- debería entender como la capacidad individual de realizar actos significativos y elegir como también comprender nuestros límites. Y, como lo han visto distintos autores, el concepto de acto significativo -dentro del dominio del lenguaje, o en el de la interacción social, en el arte, etc.- depende de los sistemas de reglas o normas (bien individuales: inventadas por nosotros; bien sociales: colocadas por el movimiento de las relaciones del colectivo y su legalidad, bien mediáticas: impuestas por las estructuras orbitales de la comunicación electrónica icónica o impresa) que determinan las restricciones dentro de las cuales se realiza a plenitud el sentido. Así, por ejemplo, en una concepción de arte donde cualquiera pudiera hacer lo que quiera no existiría arte, toda construcción estética ¿artística? tiene que rodearse de ciertas reglas para lograr una elección y suministrar una significación a la sensibilidad, un sentido que se posa sobre la costra del mundo y que ataca a nuestra percepción. En la forma del arte en la que existen instituciones objetivas preestablecidas nos da pie para formar una actividad creativa y plena de sentido. Hay interrelación entre restricciones y libertad. El lenguaje -y la comunicación- está circunscrito a esta circunstancia; actuamos creativamente sometidos a un marco establecido de reglas y principios, así sea para eliminar esas mismas reglas y principios cuando ya no constituyan ningún acto significativo para nosotros, siendo éste, a su vez, un importante proceso creativo. Esto no nos aleja de pensar el cómo la gente pudiera actuar más libre y creativamente, significativa y comunicativa llevándonos a imaginar estructuras sociales adecuadas para ese fin; y ahora más que nunca se requiere de esa reflexión; Foucault tenía su queja: ¿Cómo hacer que la gente piense lo que no piensa?

VI

Entramos en un espacio cultural donde el individuo conjuga la conducta y comportamiento de los objetos respecto a una teoría del lenguaje; el conocimiento y uso que tengan de su propio lenguaje surgirá de esa interrelación; una influye sobre la otra; los mecanismos intelectuales colaboran con ambos sistemas: la de la construcción tanto de los objetos como de la misma mutación y significación del lenguaje. De ahí que el lenguaje tampoco puede comprenderse como un todo aislado. La interrelación será la esencia de su comprensión, conocimiento y ¿evolución? A cambios culturales, cambio de lengua: de ello pudiéramos deducir la existencia, por ejemplo, de una estructura lingüística precientífica del mundo y otra -mínima, aunque en expansión- con un conocimiento y uso de estructuras lingüísticas científicas acerca de la correspondencia del saber y conocimiento del mundo. Ello debería estar consciente en todo intento de construcción de cierta filosofía que se acerque a comprender el fenómeno de la comunicación social respecto a las formas y usos de las palabras dentro de una cultura que se arraigue dentro de un territorio impregnado por la consciencia científica y a una consciencia precientífica. Pensamos que la materia para el estudio de una lengua tendrá que tener presente las fuerzas que intervienen de manera universal (y particular/local) en el conjunto de las lenguas. Si bien hoy se pudiera hablar de la ocultación, disminución y agonía de las lenguas naturales (pre-científicas, mitológicas) por el avance de una lengua instrumental científica por una parte y por otra de la jerga mediática presente en los medios de comunicación, encontramos una lengua sometida a los estándares esquemáticos propio de la elaboración de programas en eso que han llamado Industria cultural mediática. Más que hablar de evolución o parentesco sería mejor analizar la significación de las modas o jergas locales y mercado lingüístico comunicacional. Se pudiera referir ya a universales lingüísticos ¿comunicacionales?: elementos y relaciones constantes presentes en todo lenguaje y gramática del orden mediático institucionalizado. En nuestra galaxia mediática social y global los receptores y emisores tienden a ¿pensar o balbucear? en los elementos y relaciones que componen a la semántica lingüística comunicacional; tales generalidades semánticas, sintácticas, están presentes en toda la geografía donde los medios opinan con una constante onda expansiva moldeando los perfiles de los rostros, los talles de los cuerpos, los gestos del silencio.

Así encontramos que las propiedades fundamentales de la teoría del significado variará entre las diferentes culturas, dependiendo, por ejemplo, en una sociedad tecnocientífica, donde el conocimiento científico sea una propiedad común. El estudio y la comprensión del lenguaje no puede llevarse a cabo si se aísla del todo restante, de todo aquello que lo circunscribe y de la estructura comunicacional que lo soporta y trasmite. Lo hemos dicho, el lenguaje no es un conjunto aislado, el lenguaje es cónsono con la finalidad social a la que se inscribe: existe una semántica de las formas, un masaje preceptual y dispositivos culturales.

Teniendo para ello presente que la característica esencial del lenguaje no es la de ser sólo un medio de comunicación social, ello no es más que uno de sus usos. Utilizamos lenguaje a pesar que nos preocupe o no lo que intentamos comunicar. Se puede usar para expresar ideas, independientemente que un hipotético auditorio las entienda o no a cabalidad; esto constituye un uso común y natural del lenguaje. El lenguaje no es más que un instrumento, un medio determinado para alcanzar un fin, una expresión y convicción de la razón y de la pasión humana, independientemente que la gente crea, entienda o no lo que uno opina o dice.

Chomsky, para quien el hombre posee una facultad del lenguaje y una gramática universal, ha afirmado varias veces sus dudas sobre la convicción de que el lenguaje sea real, necesaria o primariamente, un sistema de comunicación. Donde bien se puede observar muy frecuentemente que en determinados lenguajes fracase la comunicación. Emplear el lenguaje para la comunicación es uno de sus usos. Utilizamos el lenguaje a pesar de que no nos preocupe comunicar. El lenguaje como medio destinado a la creación como expresión del pensamiento en el sentido más amplio, sin por ello limitarse a unos cuantos conceptos de orden intelectual.

Por todo esto, ante la afasia del individuo y la impersonalidad del lenguaje mediático, pensamos en la necesidad de reflexionar sobre una educación para la libertad en un mundo donde la primacía está en la influencia del ruido de la información y de los medios que se ejercen en el individuo. La comunicación social se puede entender como fuerza impersonal que nos empuja hacia una centralización global del poder adherida a una sociedad simbólica dispersa. Espacio donde se sostienen estructuras para la manipulación, persuasión de las consciencias, persuasión

acompañado por coacción económica y amenazas y ejercicio e invocación a/de la violencia física y psíquica en todas sus manifestaciones. Ello, ante una sociedad madura, responsable y consciente de sus fines frente a sus miembros le queda como recurso y dispositivo la educación. La educación de nuestros hijos para la libertad y el gobierno de nosotros mismos: utopía de una sociedad comunicacional, pero posible. Educación basada en hechos y en valores: los hechos de la diversidad individual y de la singularidad genética y los valores de la libertad, la tolerancia y la asistencia y cooperación mutua, corolarios éticos pedagógicos. Bien sabemos que toda comunicación de un saber, un mensaje, una información veraz, en tanto verdad puede ser eclipsada, neutralizada por una falsedad emocionante, los efectos de una publicidad falsa y perniciosa no pueden constreñirse sin un adiestramiento a fondo de las mentes en el arte de analizar sus técnicas y ver a través de sus sofismas. Habría que acordarse que ha sido el lenguaje y su evolución lo que ha hecho que el hombre transite de la animalidad muda a la cultura. Una educación para la libertad (que implica el amor y la inteligencia en tanto condiciones y resultados de la libertad) debe ser, entre otras cosas, una educación para el uso propio del lenguaje; lenguaje que permita dedicar la atención, el análisis, la comprensión de las cosas y de los seres, de los hechos y de los valores, aún cuando estén ausentes las personas o cosas y los acontecimientos no estén ocurriendo en un presente; permitir la meditación al análisis de los símbolos y al significado del significado. El lenguaje nos procura la definición de nuestras memorias, el traducir nuestras experiencias en símbolos, en saber qué lugar ocupamos en el mundo, convierte lo inmediato del deseo o el aborrecimiento del odio o del amor en principios fijos de conducta y sentimientos; la memoria presentada como lógica de la investigación, estímulo y enriquecimiento dinámico, como dimensión activa, separada de un anclaje social estático pero cambiante: la memoria activa contra la parodia del cambio para que todo siga igual. Nuestra mente selecciona, aparta, capta un número de experiencias que pudieron ser inconscientemente elegidas y de las que luego extrae, mediante otra selección, más o menos consciente, un número que se marca y se congela, se mantiene y se simboliza con palabras de nuestro almacén lingüístico personal y luego las clasificamos dentro de nuestros sistemas: metafísicos, científicos, religiosos, éticos, que están constituidos con palabras conceptuales en un nivel más abstracto y de mayor espesura y complejidad. Si nuestro archivo lingüístico personal se aparea con un sistema de significados que contengan, por momentos, una opinión algo falsa y errónea de lo que vivimos como realidad, naturaleza o razón de ser de las cosas, personas y mundo, esos espejos lingüísticos inteligentemente elegidos y su constitución simbólica claramente comprensible, nos llevarán a que nuestro comportamiento termine siendo realista y tolerantemente decoroso; lo contrario, palabras mal elegidas y conceptos mal aplicados sin comprensión de sus caracteres simbólicos a experiencias seleccionadas nos conducirán a comportarnos, experimentar y actuar dentro de una desesperante y organizada estupidez. Aceleración y transitoriedad son las constantes en nuestra vida: encontrándonos con una ausencia de un sistema permanente de valores, de ideología, de filosofía, de espiritualidad religiosa, una carencia parcial de modelos, de mitos y tótems. El único valor actual pareciera ser el cambio, junto a un desarrollo incontrolado, basado en esa misma aceleración de consumir recursos y que tiende a ser destructivo no sólo del individuo sino de nuestro ambiente cultural/natural. El cambio como valor de vida: actitud contra la permanencia de los valores, mundo de volubilidad de los comportamientos y multiplicación de los caprichos y deseos (16): donde la única invariabilidad es el dinero, reducido a puro poder adquisitivo que contiene la castrante paradoja de la pasividad. Nuestra singularidad intelectual y biológica se ve reducida al incluirse dentro de una voluntad social de orden que no tenga el deseo de imponer una inteligible coherencia y jerarquía personal a la desconcertante variedad de las cosas y de los acontecimientos. Todo observador participante debería poder descodificar los mensajes inciertos de las complejidades que observa. Toda acción del hombre está estrechamente involucrada a una cultura; toda cultura comunica y la interconexión compleja de los acontecimientos culturales trasmite información a quienes participan en cualquier acontecimiento. Ello debe estar claro y saber qué es lo que ahondará nuestra experiencia comunicativa vital. De ahí que todos los detalles de la comunicación deban verse como parte de un conjunto, de una totalidad: los detalles, los componentes, sus elementos, sus procesos vistos o considerados aisladamente carecen de sentido como lo pueden ser las letras aisladas de un alfabeto. Los datos culturales, comunicativos, pensados aisladamente serán vacíos, reunidos en el espacio mediático cultural/comunicacional, sólo tienen significación en virtud de la oposición de otros elementos. Toda acción comunicativa dentro de una sociedad libre debe exponer hechos y enunciar valores, creando técnicas para la realización de los valores y para descalificar quienes deciden desconocer los hechos y negar los valores mediante un juicio abstracto o un mensaje sólo emocional, epidérmico.

Hoy, frente a las tramas reticulares del lenguaje: sonidos, imágenes, discursos plurales que invaden todas las nuevas formas de la razón y de la identidad, se dispone de todo un material intelectual para una sólida y creativa educación en el uso propio del lenguaje, una educación que bien pudiera expandirse en todos los niveles, desde el jardín de infancia hasta los cursos de postgrado. Una educación en el arte de distinguir el uso propio y el uso impropio de los símbolos, el cual se debe proponer rápida e inmediatamente. Llevando a distinguir al niño las proposiciones verdaderas de las falsas, la significación carente de significado, la emoción efímera por la comprensión cabal. ¿Utopía? Por supuesto. Tal educación no querrá establecerse en la mayoría de los países llamados democráticos. Ante la beneficiosa y lucrativa guerra psicológica de los medios, ante la lógica del silencio pardo sería conveniente instaurar en la enseñanza asignaturas para el análisis de la propaganda y de la información sin sentido pero con un sentido predeterminado y sugestivo, en la búsqueda de un discurso de la razón productiva/comunicativa, cercana a la fascinación y al asombro; ello nos llevaría a un rechazo de toda ideología simplificadora, de la mutilación del pensamiento al erradicar todo criticismo: ante el simbolismo comunicacional se opondría una comunicación discursiva. Tal sistema, posiblemente, sería rechazado tanto por los educadores como por políticos, militares, clérigos, al poner en cuestión todo mensaje que no correspondiese a establecer una relación lingüística donde se mantuviese la dignidad y la libertad de los individuos; sistema que indujera al análisis del lenguaje de cualquiera, por ejemplo, en los mandatos de los oficiales por los soldados comunes, llevando a resaltar la absurdidad de muchas de las órdenes. Los publicista y los clérigos no estarían en peor posición, el rey está desnudo; a los clérigos porque socavaría la fe y disminuiría la asistencia a la iglesia, buscando una religiosidad más real y menos delirante y fantasiosa, o asentada en la superstición; los publicistas verían atacados el condicionamiento y la lealtad que establecen en el consumidor a las marcas o a los diseños y se reducirían las ventas de productos ineficientes e innecesarios. Estamos conscientes que el orden social gangrenado depende de la continuación de la aceptación, sin demasiadas preguntas embarazosas y de una sumisa

pasividad ante la propaganda presentada por los que detentan la autoridad política y económica como de la propaganda santificada por las tradiciones sociales. ¿Ecología de lo artificial? Seguro; economía y no crematística de los medios. Nuestra educación está dirigida a constituir individuos más sugestionables que críticos. Sugestionables para entrar cautivos dentro del hechizo de la narcosis mediática social. Ante eso sólo podemos entender un cambio de la intencionalidad de la educación, es el único reducto que tiene el hombre y la única plataforma para cambiar el estado de cosas. Una nación no son sólo sus riquezas naturales, mirad al hombre común y por sus modos de vida, sus formas de expresarse, sus miedos instaurados, sus creencias y valores, su mudez y sus silencios y podréis comprender los alcances de una nación, de un pueblo, de una comunidad, de un individuo. La educación debería buscar el término medio entre credulidad y escepticismo total. Por ello es necesario la práctica, comprensión y pedagogía de enunciados junto a una serie de valores generalmente aceptados basados sobre la sólida plataforma de los hechos y de la dialéctica contrastante de los significados. El valor de la libertad individual, basado en el universo maravilloso de la diversidad humana y de la singularidad genética, es decir, de nuestros talentos, capacidades, dones y habilidades propios; el valor de la ayuda mutua establecido en el conocimiento de que el afecto y la solidaridad son tan necesarios para los seres humanos como lo es la comida y el techo; el valor de la inteligencia, sin la que el amor no sería importante y la libertad inasequible. Ello en conjunto proporcionaría unos instrumentos críticos para juzgar toda propaganda, todo discurso, todo mensaje y ruido lingüístico banal y deformante. Toda publicidad y programa insensato e inhumano para el conjunto social sería rechazado sin discusión; los productores de tales eventos mediáticos deberían afinar su gusto creativo en otros derroteros, en realizar programas inteligentes y no portadores de pasividad mental. Aquellos que propaguen el apoyo mutuo, la comprensión, el amor, la libertad y no se opongan al ejercicio de la inteligencia podrían ser aceptados provisionalmente por lo que valen. Hoy nos encontramos con un hecho que es perfectamente cierto: un hombre puede estar fuera de la cárcel y, sin embargo, no estar en libertad; estar sin ningún impedimento físico y ser psicológicamente un prisionero cautivo obligado a pensar, sentir y obrar como los representantes no sólo del estado nacional sino de la globalidad mediática quieren que piense, sienta y actúe. No tenemos un recurso de habeas mentem: nadie puede presentar a un tribunal una mente ilegalmente encarcelada, la víctima de una mente controlada no sabe que es una víctima. Muros invisibles, se cree libre y no puede salir de su acorralamiento. Bien pudiera exigirse una legislación preventiva que declare ilegal la trata psicológica. De ahí la necesidad de una nueva dimensión del conocimiento y uso del lenguaje en la educación de los futuros miembros de una colectividad. Se trata de aprender a elegir, a ser libres, en los usos y beneficios que nos ofrece la increíble pero real galaxia mcluhiana del universo mediático contemporáneo.

Nos queda decir lo que dijo Pitágoras: el silencio es la primera piedra del templo de la filosofía. Pero el silencio que permite transitar entre los corredores individuales de la mente gracias al lenguaje que despierta mundos e imprime la más humana de las emociones: el asombro.

Bibliografía

- Aristóteles. 1963: Política, UNAM, México.
- Bisbal, M. 1994: La mirada comunicacional, Alfadil Ed. Caracas.
- Chomsky, N. 1974: Estructuras sintácticas, Siglo XXI Ed. México.
- D'Alembert/Diderot 1981: Discurso preliminar de la enciclopedia y origen y naturaleza de lo bello. Orbis Ed.. Barcelona
- Hegel, G. 1966: Fenomenología del espíritu, F.C.E. México.
- Hobbes, T.1989: Leviatán, Alianza Editorial, Madrid.
- Huxley, A. 1960: Nueva visita a un mundo feliz. Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Kant, I. 1978: Crítica de la razón pura. Alfaguara Ed. Madrid.
- Lipovetsky, G. 1994: El crepúsculo del deber, Ed. Anagrama, Barcelona.
- McLuhan, M.1990: La aldea global, Gedisa Ed. México.
- Morace, F. 1993: Contratendencias. Celeste Ediciones, Madrid.
- Popper, K./Coudry, J. 1994: La télévision: un danger pour la démocratie. Anatolia Ed. France
- Rousseau, J.J. 1995: Essai sur l'origine des langues. Tomo V, Ed. Gallimard, France.
- Russell, B. 1960: El poder en los hombres y en los pueblos, Ed. Losada, Buenos Aires.
- Sartre, J. 1964: Las palabras, Ed. Losada, Buenos Aires.
- Simon, J. 1982: El problema del lenguaje en Hegel, Taurus Ed. Madrid.
- Steiner; G. 1989: Réelles présences, Gallimard Ed. France.

Notas

(1) Cuando hablamos de la imagen como filosofía de comportamiento estamos hablando en tanto estilo de vida basado en la apariencia, donde el mito de la imagen ha conducido al hombre de las sociedades mediáticas al establecimiento de un yo mínimo, desprovisto de herencias éticas o ideológicas fuertes, un yo de superficie y del congelamiento del juicio (pensamiento débil). Aparición de un yo que se sostiene en el puro narcisismo: necesidad y obsesión neurótica de mostrar a los demás la imagen, actuar un performance reiterativo; la apariencia es lo importante y está por encima de todo.

(2) Kant, "Crítica de la razón pura".

(3) Es lo contrario a Demócrito, para quien los nombres eran una simple convencionalidad.

(4) Kant retomará en su "Crítica de la razón pura" el argumento, diciendo que "a pesar de la gran riqueza de nuestras lenguas, el pensamiento tiene a menudo dificultades para encontrar el término que corresponde exactamente a su concepto. A falta del mismo... forjar nuevas palabras es una pretensión de legislar en los idiomas, pretensión que rara vez tiene éxito. Antes de acudir a este medio desesperado, conviene examinar si no se halla ya tal concepto, juntamente con su palabra adecuada, en una lengua muerta culta". Ello lo pudiéramos ver más como una tendencia contraria a la evolución, mutación y cambios dentro de las lenguas.

(5) Hobbes, Leviatan, Cap. IV.

(6) Génesis, XI,1: "Toda la Tierra tenía un sólo lenguaje y un sólo hablar". Y el Innombrable dijo: "He aquí que todos forman un solo pueblo y tienen un solo lenguaje. Si comienzan a hacer esto, en adelante nada les será imposible de cuando decidan hacer. Vamos. Descendamos y aquí mismo confundamos su lenguaje, de suerte que no comprendan más el lenguaje unos de los otros". El Gran Vengador no quería que su aprendiz lo superara, los poderes cristianos no son democráticos, sólo reina un soberano en el cielo y en la Tierra -según Hobbes- el rey, -según san Agustín- debería ser el papa.

(7) Hobbes, op. cit. idem.

(8) Kant," Crit. R. Pura".

(9) Rousseau: "El primer lenguaje del hombre, el lenguaje más universal, el más enérgico, el único que fue necesario antes de que hubiera que persuadir a los hombres reunidos, es el grito de la naturaleza", en el artículo 'Lengua de la Enciclopedia'.

(10) Rousseau, "Ensayo sobre el origen de las lenguas", Cap.2.

(11) Idem.

(12) Condillac había manifestado el hecho de que una misma nación, con la misma lengua, a tiempos diferentes, lenguajes diferentes, ello motivado por cambios de costumbres, intereses, miras, relaciones, necesidades, producciones. De ahí que si bien dos naciones (o más) pueden, con diferentes lenguas, tener el mismo lenguaje si tienen los mismos intereses, costumbres, las mismas instituciones. "Donde las costumbres nacionales afectan a las pasiones nacionales y permanecen estables no cambian como las otras". Hoy entramos en la era del lenguaje ya no nacional sino global gracias a la hiperpresencia de lo mediático en todas las esferas de lo social, de lo nacional, de lo continental y de lo global. Pronto estaremos hablando un lenguaje común mundial, si es que ya no lo estamos haciendo. Es cosa de minutos; hay que acordarse que la información, las comunicaciones viajan a velocidad de la luz: instantáneas: 300.000 Km por segundo.

(13) "A base únicamente de la comparación del vocabulario de una nación en diferentes épocas, podría formarse la idea de sus progresos". Diderot: Reflexiones sobre las lenguas, en el artículo Enciclopedia.

(14) Rousseau, op.cit.

(15) Idem.

(16) El budista Schopenhauer señaló que el origen de la infelicidad humana es el deseo y su multiplicación.